

¿LOS MONOS AULLADORES TIENEN PERSONALIDAD?

Pedro A. D. Dias* y Ariadna Rangel Negrín*

Primate Behavioral Ecology Lab, Instituto de Neuroetología,
Universidad Veracruzana. Xalapa, Veracruz, México.

pedroaddias@gmail.com (PADD), ari_rangel@hotmail.com (ARN)

*Autor de correspondencia

Entre las personas distinguimos a los tímidos de los audaces, a quienes madrugan de quienes se toman su tiempo. ¿Ocurre algo parecido entre los animales silvestres? Diez años siguiendo monos en la selva nos dieron una respuesta inesperada.

En el lenguaje cotidiano, la personalidad es el conjunto de rasgos que hacen que alguien se comporte de una manera reconocible y propia: una amiga es sociable en una fiesta y también en la oficina, y lo seguirá siendo el próximo año. Durante mucho tiempo se consideró una ingenuidad aplicar esa palabra a un animal, como si fuera una manera de atribuirle a otras especies algo exclusivo de los humanos. Eso cambió en las últimas tres décadas. Quienes estudiamos el comportamiento conservamos de esa idea cotidiana únicamente su núcleo, que es el que puede medirse: las diferencias entre individuos de una misma especie que se sostienen a lo largo del tiempo y en situaciones distintas. No se trata de que un pez sea atrevido una tarde, sino de que sea, mes tras mes, más atrevido que sus compañeros de estanque. Con esa definición, la personalidad ha aparecido en diversas especies y situaciones: peces que se acercan antes que otros a un objeto desconocido, aves que exploran con más rapidez un sitio nuevo, arañas más agresivas que sus vecinas e incluso pulpos con estilos propios de esconderse.

La pregunta está lejos de ser un capricho. Si las diferencias entre individuos se mantienen y además se heredan, la selección natural puede actuar sobre ellas, y entonces la personalidad de cada quien se vuelve parte de la evolución de la especie. También tiene consecuencias inmediatas: en muchas especies los individuos más exploradores son los que abandonan su grupo y colonizan sitios nuevos, los más cautelosos son los que sobreviven mejor donde hay depredadores, y los más sociables son los que difunden con mayor velocidad una costumbre nueva o una enfermedad. Por eso la personalidad animal interesa también a quienes manejan poblaciones en riesgo, que a veces deben decidir qué individuos liberar en un sitio y a cuáles mantener en cautiverio.

Para medir la personalidad se usa un número llamado repetibilidad, que indica qué proporción de la variación observada en una conducta corresponde a diferencias entre individuos y no a los cambios de cada individuo a lo largo del tiempo. Si vale cero, saber de quién se trata no ayuda en nada a predecir lo que hará; si se acercara a uno, cada individuo tendría un valor casi fijo, como una huella digital. En los estudios publicados con animales el promedio ronda cuatro décimas, de modo que algo más de un tercio de la variación suele atribuirse al individuo.

Ese número, sin embargo, se presta a un malentendido frecuente. Antes de adjudicarle una diferencia a la personalidad de alguien hay que descontar todo lo que la explica sin necesidad de invocarlo: el sexo, la edad, la condición reproductiva, el grupo al que pertenece, la temperatura del día, la cantidad de alimento disponible, etc. Si una hembra que amamanta come más que las demás, eso no es su personalidad, es su maternidad. Cuando esas circunstancias no se miden, la variación que producen queda sin asignar y termina atribuyéndose al individuo, de manera que los valores de personalidad aparente crecen sin que nadie lo note.

Hay una segunda precaución. Un individuo puede distinguirse de los demás de tres maneras distintas, y revisar solamente una, deja el asunto a medias. La primera es el promedio, la más conocida: alguien que es de manera constante más activo que el resto. La segunda es la forma de responder a los cambios: ante una escasez de alimento, algunos individuos podrían ajustar mucho su conducta y otros casi nada, aunque todos coman la misma cantidad en promedio. La tercera es la regularidad: hay quienes se comportan de manera muy parecida un día tras otro y quienes son impredecibles, sin que ello tenga que ver con su promedio ni con su capacidad de ajuste. Un análisis completo tiene que mirar las tres.



Hembras adultas de mono aullador de manto con sus crías. Fotografía: Pedro A. D. Dias.

Entre los primates, la expectativa de encontrar personalidades es alta. Son animales longevos, sociales, y de comportamiento variado, y muchos han sido observados durante décadas por las mismas personas, que suelen describirlos con nombre propio y con fama de tímidos o de mandones. Pero casi todo lo que sabemos proviene de animales en cautiverio, sobre todo chimpancés y macacos, evaluados mediante cuestionarios que responden sus cuidadores, y en esos estudios se encuentran diferencias moderadas entre individuos. De los monos del continente americano, en cambio, se sabía casi nada: en el grupo que forman los monos aulladores, los monos araña, los muriquis y los monos lanudos (atélidos) no existía ningún análisis formal del asunto.

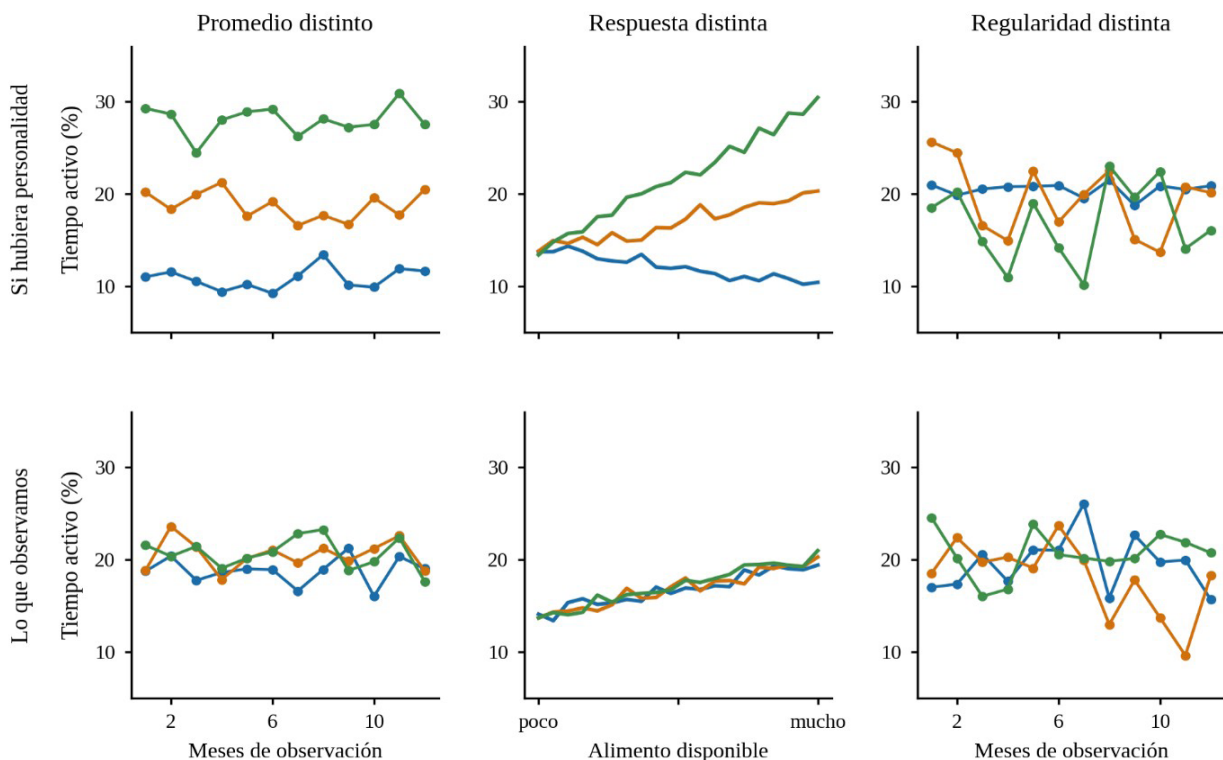
En México viven tres especies de monos y dos de ellas son aulladores. El mono aullador de manto habita las selvas húmedas del sur de Veracruz, Oaxaca, Tabasco y Chiapas, mientras que el mono aullador negro ocupa la península de Yucatán y parte de Chiapas y Tabasco. Deben su nombre a las vocalizaciones que producen sobre todo al amanecer, un sonido grave y profundo que se escucha hasta a un kilómetro de distancia. Viven en grupos con varios machos y varias hembras que permanecen juntos todo el año, y comen hojas, frutos y flores de los árboles donde habitan. Ambas especies se encuentran amenazadas de extinción, porque las selvas donde viven han sido reducidas a manchones cada vez más pequeños y separados entre sí.

Nuestro equipo sigue desde hace más de dos décadas a dos grupos de monos aulladores en La Flor de Catemaco, en la región de Los Tuxtlas, Veracruz. Se trata de un fragmento de selva de alrededor de cien hectáreas, rodeado de potreros y cultivos, donde la disponibilidad de hojas tiernas y frutos cambia entre meses y entre años. Un primer grupo llegó ahí en 2002 y otro en 2004, como parte de un programa de rescate.

Desde entonces los grupos han cambiado por nacimientos, muertes y migraciones, y los reconocemos uno por uno gracias a marcas naturales: cicatrices, manchas o la forma de la cara. Entre 2012 y 2021 acumulamos 6,718 horas de observación siguiendo a un individuo a la vez durante una hora completa y registrando, segundo a segundo, cuánto tiempo pasaba comiendo, desplazándose, descansando o interactuando con otros.

Al mismo tiempo medimos el entorno. Cada semana revisamos 480 árboles para estimar cuántas hojas tiernas y cuántos frutos había en el sitio; tomamos la temperatura diaria; clasificamos la condición reproductiva de cada hembra, distinguiendo si estaba gestante, amamantando o en ninguno de esos estados; y anotamos la hora, el año y el grupo de cada observación. La idea era sencilla: descontar primero el efecto de todo eso y averiguar qué quedaba después. Lo que quede, y que siga asociado a la identidad de cada mono, sería su marca personal (personalidad).

Una vez que analizamos todas las variables del ambiente/contexto, y nos remitimos sólo respecto a la personalidad de los individuos, lo que quedó fue prácticamente nada. Las seis medidas de conducta que analizamos arrojaron valores de repetibilidad tan bajos que resultaron indistinguibles de cero, muy lejos de las cuatro décimas habituales en otros animales. La identidad del individuo explicó menos del tres por ciento de la variación en el tiempo que los monos aulladores pasaban activos; el mes del año explicó cuatro veces más que ella, y la mayor parte, más del ochenta por ciento, correspondió a la variación de cada individuo consigo mismo de una ocasión a otra. El orden tampoco se sostuvo en el tiempo: quienes fueron los más activos durante la primera mitad del estudio no eran los mismos en la segunda.



Las tres maneras en que un individuo podría distinguirse de los demás. En la fila superior, cómo se vería cada caso si los monos aulladores tuvieran personalidad: promedios separados, distinta capacidad de ajuste ante la comida disponible y distinto grado de regularidad. En la fila inferior, lo que observamos durante diez años en La Flor de Catemaco. Esquema: Pedro A. D. Días.

El tercer examen nos dejó la lección más ilustrativa. Al principio pareció que algunos individuos eran más regulares que otros, y el resultado tenía toda la apariencia de ser sólido. Al revisarlo con cuidado descubrimos que se trataba de un efecto geométrico, no biológico: cuando una conducta se expresa como un porcentaje, quien pasa activo apenas el dieciséis por ciento del tiempo está muy cerca del piso, que es el cero, y tiene poco margen para variar hacia abajo, mientras que quien pasa el veinticinco por ciento dispone de más espacio para moverse en ambas direcciones. Es decir, parecían más predecibles simplemente por ser menos activos. Aplicamos una transformación matemática que separa el promedio de la variabilidad y la señal se desvaneció por completo. Vale la pena contarlos, porque muestra algo que rara vez se ve desde afuera: buena parte del trabajo científico consiste en desconfiar de los propios resultados hasta que resistan el intento de derribarlos.

Tres respuestas negativas necesitan una explicación, y creemos que ésta se deriva de la forma de vida de estos primates. Los monos aulladores comen muchas hojas, un alimento abundante pero pobre en energía y difícil de digerir, y han resuelto el problema por la vía del ahorro energético: descansan alrededor de tres cuartas partes del día, recorren distancias cortas y usan áreas pequeñas. A los individuos de una especie cuya estrategia consiste en gastar lo menos posible, lo que más les conviene hacer cambia todo el tiempo según lo que la selva ofrece en ese momento. Un individuo que se desvía siempre en la misma dirección, siendo invariablemente más activo que los demás o ignorando la escasez cuando llega, pagaría un costo por ello. Dicho de otro modo, la flexibilidad no es el ruido alrededor de las estrategias individuales: es la estrategia en sí.

Conviene decir con claridad qué no demuestra nuestro trabajo. Medimos cuatro categorías amplias de conducta, que son las que permiten responder a la pregunta del gasto de energía, pero son amplias, y es posible que existan diferencias consistentes en aspectos más finos que no registramos: la reacción ante algo desconocido, la tolerancia hacia los demás o el lugar que cada uno ocupa en la red de relaciones del grupo. Nuestros resultados tampoco dicen que un mono aullador pueda ser intercambiable con otro en todo sentido; dicen que, en el reparto de su tiempo, sus diferencias se explican por sus circunstancias y no por su personalidad.

Aun con esa salvedad, tres resultados negativos obtenidos con esta cantidad de datos son ilustrativos, y deben contarse. Los trabajos que no encuentran nada se publican mucho menos que los que encuentran algo, y esa costumbre deja la impresión de que la personalidad está en todas partes y de que quien no la encuentra, es porque algo midió mal. Nuestro caso sugiere además una advertencia: si buena parte de lo que sabemos sobre la personalidad de los primates proviene de animales en cautiverio, donde las circunstancias que subyacen la conducta rara vez se miden con detalle, es posible que estemos atribuyendo a la personalidad de cada individuo lo que en realidad corresponde a su situación.

Hay, por último, una consecuencia práctica. Cuando se traslada a un grupo de monos a un sitio nuevo o se restaura un fragmento de selva, suele discutirse qué individuos conviene mover. Si la fortaleza de estos animales es su flexibilidad, lo decisivo no es a quiénes se elige, sino que el lugar ofrezca alternativas: árboles que produzcan hojas y frutos en épocas distintas, conexiones para desplazarse, sombra suficiente en los meses calurosos. La flexibilidad solo sirve cuando hay entre qué elegir, y un fragmento pequeño y aislado ofrece opciones reducidas.

¿Tienen personalidad los monos aulladores? Después de diez años de observarlos, nuestra mejor respuesta es que su rasgo más distintivo consiste en que no tienen una personalidad fija; cambian con el bosque.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a todos los asistentes de campo, estudiantes y voluntarios su apoyo durante el trabajo de campo, y a los propietarios de La Flor de Catemaco las facilidades otorgadas para trabajar en su terreno. Agradecemos también a un revisor anónimo por sus comentarios constructivos a una versión previa del texto. El estudio contó con el financiamiento de SECIHTI, COVEICYDET, Leakey Foundation e Idea Wild; y con los permisos otorgados por la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales.

LITERATURA CONSULTADA

- Bell, A. M., S. J. Hankison, y K. L. Laskowski. 2009. The repeatability of behaviour: a meta-analysis. *Animal Behaviour* 77:771-783.
- Carter, A. J., *et al.* 2013. Animal personality: what are behavioural ecologists measuring? *Biological Reviews* 88:465-475.
- Dias, P. A. D., y A. Rangel-Negrín. 2026. Behavioral variation in mantled howler monkeys is structured by ecology and demography, not by individual signature. *Primates* 10.1007/s10329-026-01292-x.
- Dias, P. A. D., y A. Rangel-Negrín. 2026. Does energy minimisation constrain behavioural plasticity? Long-term activity budgets of a model folivore-frugivore. *Journal of Animal Ecology* 95: 1699-1711.
- Dingemanse, N. J., A. J. N. Kazem, D. Réale, y J. Wright. 2010. Behavioural reaction norms: animal personality meets individual plasticity. *Trends in Ecology and Evolution* 25:81-89.
- Freeman, H. D., y S. D. Gosling. 2010. Personality in nonhuman primates: a review and evaluation of past research. *American Journal of Primatology* 72:653-671.
- Milton, K. 1980. *The Foraging Strategy of Howler Monkeys: A Study in Primate Economics*. Columbia University Press. New York, EE.UU.
- Nakagawa, S., y H. Schielzeth. 2010. Repeatability for Gaussian and non-Gaussian data: a practical guide for biologists. *Biological Reviews* 85:935-956.
- Réale, D., *et al.* 2007. Integrating animal temperament within ecology and evolution. *Biological Reviews* 82:291-318.

Sometido: 08/oct/2026.

Revisado: 20/oct/2026.

Aceptado: 20/oct/2026.

Publicado: 22/oct/2026.

Editor asociado: Dra. Alina Gabriela Monroy Gamboa.